

esencial, fuera de sus ideas peculiares, á la tendencia siita moderada de los seiditas, los ismaelitas, por su parte, hicieron alianza, á mi parecer desde la represión de los kurramitas y la muerte de Babek (223=838), con los siitas exaltados, en cuyas doctrinas se habían infiltrado muchos conceptos comunistas y panteistas. Entre éstos figuraba en primer lugar, como sabemos, la encarnación del espíritu divino en el iman del momento; pero á su lado se había ido introduciendo poco á poco la idea, igualmente budhista, de la emigración de las almas, que permitía en definitiva considerar como accesoria la doctrina de la transmisión directa del espíritu del padre al hijo, y desenvolver, merced á la teoría introducida por Abdallah Ibn Saba, de los compañeros ó ayudantes de los profetas, un sistema dogmático tan consecuente como útil para los jefes de la secta. Conocemos este sistema en distintos grados de su desarrollo, que se diferencian mas entre sí por la adaptación á circunstancias personales variables que por modificaciones de entidad, y podemos, por lo tanto, admitir que ya en tiempo de Mustá'in (250=864) debía de tener en todo lo esencial el mismo aspecto que le atribuyen informes posteriores y que vamos á bosquejar aquí en pocos rasgos. Dios, cuya verdadera esencia permanece oculta é incognoscible al hombre, ha enviado sucesivamente siete encarnaciones de su sér como profetas al mundo, para anunciar su voluntad; estos profetas se llaman por lo mismo *nátik*, «el que habla,» y son: Adán, Noé, Abraham, Moisés, Jesús, Mahoma y Mohammed El-Mahdi, hijo (1) de Isma'il Ibn Scha'afar. Cada uno de éstos ha sustituido á la religión predicada por su predecesor otra mas elevada y perfecta. Los imanes tienen por misión propagar y defender en la tierra los dogmas de la fe: cada *nátik* tiene un compañero ó coadjutor llamado *sámit*, «el silencioso,» porque nada tiene que decir personalmente sino solo repetir las palabras del *nátik* y arraigarlas en el corazón de los hombres. Esto es lo que representa el iman del respectivo período de la religión, y tal era el carácter de Seth con Adán, de Sem con Noé, de Ismael con Abraham, de Aaron con Moisés, de Pedro con Jesús y de Alí con Mahoma. Para continuar la propaganda hasta la aparición del siguiente *nátik*, tiene cada iman seis sucesores; de modo que á los siete *nátiks* corresponden 7×7 imanes. El séptimo iman del período mosaico, por ejemplo, es Juan el Bautista, al que sigue Jesús como nuevo fundador de religión. Alí tuvo por sucesores en el imanato á Hasan, Husein, Alí hijo de Husein, Mohammed hijo de Alí, Scha'afar hijo de Mohammed, é Isma'il hijo de Scha'afar, cuyo hijo Mohammed El-Mahdi era á la sazón y siguió siendo el séptimo *nátik*, y por eso se le daba el nombre de «Señor de la época;» su compañero ó iman era Abdallah Ibn Meimun (2), de quien hablaremos en seguida, como también de sus sucesores. Naturalmente, así al Mahdi como á los imanes que predicán y propagan su religión, debe todo el mundo incondicional obediencia; no ha muerto el Mahdi, sino que se ha hecho invisible y volverá á los suyos cuando se haya consumado el tiempo.

Véase fácilmente cómo en esa rara mezcla de distintas tradiciones religiosas se tenían lo bastante en cuenta los elementos del Corán para que fuera posible ganar poco á poco á la secta, mediante prudente y hábil preparación, hasta al musulmán aferrado á la Escritura. Esto se lograba, según

(1) Como se vé, se presenta al hijo en lugar del padre; éste había fallecido antes que su propio padre Scha'afar y hubo de sustituirse con Mohammed. Si bien Isma'il sigue figurando en el sistema, no ocupa ya en él sino un puesto secundario, como se verá mas adelante.

(2) El que en realidad parece que vivió bastante después de Mohammed El-Mahdi.

se nos refiere, inventando tal vez algun detalle, pero con bastante verosimilitud en el fondo, del modo siguiente: Presentábase en una población un emisario de la secta, un *dai*, «el que llama,» ó «invita,» bajo un carácter cualquiera, á menudo con el de *sífi*, pero también con el de mercader, industrial ú otro por el estilo, y se establece allí como dispuesto á hacer larga residencia. Este hombre llama la atención por su religiosidad, á todas luces profunda y sincera; en las conversaciones sobre asuntos religiosos y otros que suele sostener con las personas á quienes trata, muy pronto empieza á hacer misteriosas indicaciones sobre el verdadero sentido de oscuros pasajes del Corán, sobre la exacta interpretación de tal ó cual fenómeno en apariencia insignificante, y á poner preguntas difíciles cuya contestación deja confuso al interpelado ó suscita en él todo género de dudas. En medio de todo, muestra siempre extraordinario conocimiento del Corán, y de las tradiciones y los preceptos religiosos en general, y con su proceder misterioso da á entender que mucho mas podría decir aun si quisiera. Al propio tiempo sabe sacar partido de la triste situación así del Estado como del individuo: manifiesta que toda la decadencia y miseria proviene únicamente de que grandes masas del pueblo se han apartado de la obediencia á la ley divina y á la persona del legítimo iman, y que solo volviendo al buen camino y adquiriendo la exacta comprensión de la palabra y la voluntad de Dios, como la enseña el verdadero iman, podrá lograrse un cambio favorable para todos. Sabe también acomodarse hábilmente al carácter de las personas á quienes se dirige: halagando á los mas ilustrados con la admiración que rinde á sus talentos, y adoptando aspecto solemne de suprema superioridad para con los ignorantes, obtiene el aplauso y á menudo hasta la veneración del mayor número. Una vez logrado esto y excitada al propio tiempo la curiosidad de la gente por conocer algo de su oculta sabiduría, se presenta en un momento oportuno como dispuesto á franquearse; mas, cuando precisamente se espera que va á venir la deseada explicación, calla de repente, y luego dice que hay cosas demasiado difíciles y que la precipitación siempre es perjudicial. Si como consecuencia de esto son mas vivas aun las instancias para que hable, recuerda entonces los pasajes del Corán en que Dios habla de las obligaciones del pacto que los profetas y los creyentes en general tienen que cumplir para con él, y exige de los sedientos de saber, ante todo, la promesa sagrada de no revelar nada á los no iniciados y de la mas absoluta veracidad para con los representantes de la santa causa. Si el catequizado opone reparo á prestar el juramento, el *dai* no insiste, cesando ya de hablar del asunto; pero si aquel se aviene á jurar, se le exige entonces, como otra prueba de su buena disposición, una suma de dinero adecuada á sus medios. Pagada y recibida ésta en beneficio del comun,—aquí vemos un efecto de las tendencias comunistas,—comienza desde aquel momento la verdadera enseñanza del prosélito. El *dai* demuestra, apoyándose en la razón y en la tradición, que la voluntad de Dios solo puede ser bien interpretada y satisfecha, y que solo es agradable al Sér Supremo el cumplimiento de los deberes impuestos, si el creyente se deja guiar, no por las falsas doctrinas de los teólogos al uso, que tantas desdichas han llamado sobre la tierra, sino por las lecciones de los imanes por Dios designados para representantes de su verdad y guías de los hombres. Le son luego designados como tales imanes Alí y sus sucesores, recomendando á su mayor veneración á Mohammed Ibn Isma'il como «el Señor de la época.» Ya bien impuesto de todo esto, se instruye entonces al prosélito en la verdadera doctrina, de la cual hemos dado mas arriba un resumen; y cuando queda bien

penetrado y convencido de ella también, el neófito ha cesado ya de ser musulmán: porque la equiparación de Mahoma con los demás profetas, y mas aun el pretender que no él sino el Mahdi debe ser considerado como el último y principal profeta, son contradicción evidente del dogma islámico. Quedan aun, sin embargo, suficientes puntos de contacto con los conceptos generales de la doctrina del Corán para que la gran masa de los convertidos á la secta pueda abrigar la convicción de que ésta es la poseedora del sentido exacto de la revelación divina y representa la verdadera comunidad de los creyentes. Y, sin embargo, todo este sistema, con tanta astucia ideado, no tiene mas objeto que, acostumbrando á incondicional obediencia hacia el deificado é invisible iman y sus visibles ayudantes y *dais*, poner á miles y miles de hombres crédulos ó fanáticos, como instrumentos inconscientes, en manos de unos pocos intrigantes desalmados y ambiciosos. Porque mas allá de los cuatro distintos grados, por los cuales, á la manera de nuestras logias de masones, hacían pasar los organizadores ismaelitas á los discípulos ganados para su sistema de doctrina, en apariencia tan exclusivo, había aun otros cinco grados, en los cuales solo eran iniciados aquellos en quienes se podía suponer, ya fuera por convicción teórica, ya fuera con fines mas mundanos, energía y voluntad suficientes para desprenderse gradualmente de toda religión positiva.

Los datos que transmiten los autores musulimes acerca de estos cinco grados superiores representan una confusa amalgama de diversas ideas filosóficas y místico-panteistas difícil de desentrañar. No podemos esperar tampoco que los historiadores posteriores, en su mayoría ortodoxos, estén exactamente informados de estas cosas, reservadas al mas reducido círculo de la secta. Con todo, es evidente que se había echado mano de varios conceptos de la antigua Persia, de la filosofía griega y gnóstica, para ir privando gradualmente al prosélito de toda convicción religiosa y entregarle por último, en lo teórico, á un absoluto escepticismo ó materialismo, y en lo moral á un egoísmo cínico. El quinto grado enseña, entre otras cosas, que el verdadero sentido intrínseco del Corán es muy distinto de la aparente significación de las palabras, allanando así el camino á una interpretación alegórica que resuelve por completo la parte positiva de la doctrina y abre camino á las especulaciones filosóficas sobre todos los asuntos profanos. El sexto grado extiende también la alegorización en particular á los deberes religiosos, cuya significación es puramente simbólica para los iniciados y cuyas formas exteriores, como la oración, las abluciones y demás, los profetas solo desde puntos de vista filosóficos han hecho obligatorias á los hombres para facilitar su sumisión á un gobierno sensato é impedirles cometer todo género de malas acciones. Al propio tiempo, aparece cada vez mas debilitada la eficacia de los profetas comparada con la ciencia de los filósofos, sirviendo esto como de preparación para los tres grados restantes, en los cuales no se hace ya referencia á ningún género de religión. El séptimo grado parece que consistía en una amalgama del antiguo dualismo persa (1) y de la doctrina gnóstica del Demiurgo, que, como instrumento del supremo Dios, creó el mundo; en el octavo, alcanzaba el prosélito la convicción de que de estos dos seres superiores el uno era preexistente á la causa originaria de la materia, y el otro, emanado del primero, era el creador de las varias formas en que ésta se presenta en el mundo visible. El preexistente sér superior debió de ser creado, sin embargo, por un principio originario, al cual no se puede atribuir nombre ni cualidades porque es absolutamente in-

cognoscible. Con esto viene luego aparejado el concepto, procedente también de la India, de que merced á sus disposiciones y actos el *dai* se convierte en iman, éste en *nátik*, el cual á su vez asciende á espíritu creador, y éste, por último, á dios superior; conocido concepto budhista, que tiene fácil explicación en el panteísmo absoluto. Haciendo desaparecer de esta manera toda diferencia entre el sér divino y el humano, se deduce naturalmente la consecuencia del noveno y último grado, á saber: que todos los conceptos religiosos no deben ser considerados sino como imágenes incompletas por lo que toca á la esencia de las cosas, que única y exclusivamente existe en la eternidad de la materia. Han de interpretarse, pues, también alegóricamente todas las tesis de los grados anteriores; así, por ejemplo, la vuelta del Mahdi no es otra cosa en realidad mas que el reconocimiento de la verdad emanada de él y la propagación de su enseñanza entre los hombres. Los otros profetas no son sino hombres muy falibles, y, por lo tanto, las leyes religiosas y morales predicadas por ellos no son obligatorias para los iniciados: máximas que por su analogía con ciertas ideas modernas podemos casi designar como *nihilistas*.

Según todas las probabilidades, fué un persa el que combinó este curso de enseñanza verdaderamente diabólico, cuyo objetivo era la ruina sistemática de toda convicción religiosa que no tuviese la firmeza de la roca. Este persa fué el mismo Abdallah Ibn Meimun, á quien ya hemos visto figurar en el sistema ismaelita oficial del cuarto grado como compañero ó ayudante del Mahdi. Su padre, Meimun, era un persa de la Media, médico oculista de profesión, como probablemente su hijo también, y librepensador (*sindik*), que había educado á su hijo en las mismas ideas y en las de odio irreconciliable hacia todo lo que fuera árabe. Para satisfacer este odio y acaso también para proporcionarse á sí mismo ó á sus descendientes una brillante carrera, tomó una parte muy activa en la propaganda siita en el Chusistan y logró hacerse hombre preponderante entre los ismaelitas, hasta allí á lo que parece bastante inofensivo, é introducir entre ellos aquella transformación de la doctrina siita, asegurándose su obediencia por medio de la esperanza hábilmente fomentada en la futura suerte del Mahdi. Sus *dais* recorrían en todos sentidos el Chusistan y los distritos vecinos, proporcionándole muchos partidarios; mas el gobierno amenazaba seguir la huella de la agitación, y Abdallah tuvo que huir, yendo á residir en la pequeña ciudad de Salamiya (la Salaminias de los antiguos), en las inmediaciones de Hamat, entre cuyos habitantes se encontraban muchos alidas y que por lo mismo ofrecía asilo bastante seguro á uno que parecía siita. Pero ni él ni su hijo Ahmed (pasado el año de 261=874-875), después de su muerte, fomentaron tanto la agitación ismaelita en estas comarcas como en el Irak y en toda la Persia, donde la propagaron por medio de emisarios que principalmente excitaban contra el gobierno árabe-turco á los individuos de los pueblos sometidos, como los arameos en la Mesopotamia y los persas al otro lado del Tigris. Por los años 250-260 (864-874) (2), el gran maestro Abdallah había vuelto á enviar á un *dai*, llamado Husein El-Ahwasí (3), á las inmediaciones del an-

(2) En 264 (873-874) según De Sacy: *Exposé de la religion des Druses*, tomo I, Paris, 1838, pág. CLXXI; véase, sin embargo, Fihriet, ed. Flügel, I, pág. 187, 12. Toda la historia de la formación de esta secta, como la de los fatimitas, que de ella proceden, nos ha sido transmitida exclusivamente por escritores sunnitas, representantes, por tanto, de sus mas acérrimos enemigos, estando desfigurada en muchos puntos y no siendo por lo mismo bastante fidedigna. Híeme esforzado por reproducir lo que tiene mayores probabilidades de exactitud.

(3) Esto es, de Ahwas, capital del Chusistan; era, pues, también persa.

(1) Véase Justi: *Historia de la antigua Persia*.

tiguo centro de siitas, Kufa. Husein encontró cerca de una pequeña población a un labrador de origen arameo, por nombre Hamdan, pero a quien, con motivo de su fisonomía, desfigurada por una enfermedad, acostumbraban a llamar sus paisanos, —que seguían hablando el sirio allí, — *Kurmat*, «el de la cara fea,» y de ahí el nombre de *Karmat* que le daban los árabes. A la manera de todos los emisarios ismaelitas, Husein entabló conversación con aquel hombre, que era uno de los infelices campesinos a cuya triste situación en aquellos tiempos hicimos referencia al comenzar este capítulo. La perspectiva de salir de la miseria por medio del Mahdi, que el *dai* le hizo entrever, no podía caer en terreno mejor preparado, y Karmat se dejó convencer fácilmente. Con rapidez se propagó la secta en el Irak; y a la muerte de Husein, Karmat le sucedió como *dai* y fijó su morada en Kalwahda, arrabal de Bagdad, desde donde estaba en correspondencia con un pariente (1) de Abdallah en la Persia oriental, mientras su suegro Abdan continuaba los trabajos en las inmediaciones de Kufa, ayudado por numerosas misiones, y enviaba otras, como la de Abu Sa'id El-Schennabi, a la Persia meridional. Del apodo de Hamdan vino a estos sectarios el nombre de karmatas, y eran ya tantos y estaban tan confiados en su propia fuerza en el año 277 (890-891) que fundaron una colonia especial a orillas del Eufrates. Los historiadores posteriores nos refieren un sinnúmero de atrocidades cometidas allí por los karmatas: el robo y el asesinato eran su ocupación diaria, y la comunidad de bienes y hasta de mujeres el principio fundamental de su modo de vida. Mucho habrá de exagerado en esto (2), si bien ya hemos notado tendencias comunistas en todo aquel movimiento. El gran maestro en Salamiya, a la sazón Ahmed, hijo de Abdallah, creyó que había llegado el momento de apartar poco a poco los pensamientos y las esperanzas de sus fieles del «oculto Mahdi» y hacerles creer en la posibilidad de que Dios hubiese transmitido el imanato a la familia del mismo Meimun. Para que esto pareciera más plausible, pretendió que su familia descendía de Akil, hermano de Alí. Mas ni Karmat ni Abdan, como sinceros fanáticos que eran, quisieron avenirse a ello; siguieron fieles a su Mahdi, Mohammed Ibn Isma'il, y rompieron sus relaciones con la casa de Abdallah. Para lograr una reconciliación, mandó Ahmed al Meimunida de la Persia oriental a ver a Karmat, con quien hasta allí había estado en íntimas relaciones; pero cuando este enviado llegó a Kalwahda, no le encontró allí, ni nunca más se volvió a saber de Karmat (3). El Meimunida fué entonces a ver a Abdan, y como éste no se manifestó dispuesto a la reconciliación sobre la base de las nuevas ideas, mandóle asesinar por un *dai* de grado inferior, llamado Sikraweih. La gran mayoría de los karmatas permanecieron fieles a la familia

(1) «Con uno de sus hijos» dice el relato árabe, pero esto lo mismo puede significar los hijos como los nietos. Hay demasiado poca concordancia entre los datos que tenemos acerca del grado de parentesco de los descendientes de Meimun para que sea posible determinar con seguridad este punto; por eso designo con el nombre de «el Meimunida» a este personaje, bastante problemático. Tampoco está bien determinado si Ahmed era hijo ó nieto de Abdallah.

(2) Es muy significativo que precisamente uno de los historiadores posteriores más fidedignos (Ibn El-Athir, VII, pág. 311) refiera ingenuamente que el lugarteniente de Kufa no tuvo motivo para adoptar medidas contra los karmatas que la imposición de un tributo especial en el año 278 (891-892). Algunas gentes, llevadas de su celo religioso, a quienes escandalizaban los principios de la secta, la denunciaron bajo este pretexto al gobierno de Bagdad, mas éste no encontró razón alguna para intervenir en el asunto.

(3) Es de suponer que, como Abdan y después Abu Sa'id, desapareciera de entre los vivos, por orden del gran maestro, por haber intentado sustraerse a su obediencia.

de su fundador y se alzaron en armas para vengar la sangre de Abdan; Sikraweih tuvo que ocultarse para librarse de la muerte, y el Meimunida regresó a la Persia oriental. Sikraweih entonces, deseando crearse una nueva posición para él y los suyos, envió a sus hijos Yahya, Husein y Alí con algunos otros karmatas que le eran personalmente adictos, a los beduinos de la tribu de Kelb, que tenían sus tiendas en el desierto sirio, con misión de reclutar allí de nuevo partidarios en nombre del Mahdi Mohammed. Lograron éstos ganar a los Benu El-Olleis, subtribu de los Kelb (288=901), y se constituyó allí un nuevo centro karmata, además del ya creado en el año 286 (890) por Abu Sa'id en Bahrein. Mas ambos centros quedaron abandonados a la dirección de sus propios caudillos, pues el gran maestro en Salamiya, a quien habría convenido intervenir personalmente en los sucesos que se preparaban tan cerca de la Siria, se disponía precisamente a abandonar la que había sido hasta allí residencia de su familia para trasladarse al más apartado pero halagador teatro de una atrevida y grande empresa.

No sabemos en qué año murió Ahmed Ibn Abdallah, dejando en su lugar al frente de la secta a su sobrino (4) Sa'id, hijo de Husein, hijo éste también de Abdallah. Cuando Sa'id se hizo cargo de la sucesión, se enteró, en el año 288 (891), de que además del Irak, el desierto sirio y Bahrein, había otro lugar en que se hacía una activa propaganda ismaelita, que databa ya de algunos años y ofrecía la mejor perspectiva para una acción enérgica. Veinte años antes, en 268 (881-882), en ocasión en que Ahmed Ibn Abdallah hacía una peregrinación al sepulcro de Husein, en Kerbelá, para fomentar la causa del ismaelitismo entre los fervientes siitas que acostumbraban a congregarse en aquel sitio, un hombre rico del Yemen (Arabia meridional), que había acudido también allí, se dejó convencer y llevó consigo a su país a uno de los *daís* de Ahmed, llamado Ibn Hauscheb. Cuán favorable se mostró aquel terreno a su tarea se desprende del hecho, ya mencionado, de que en 288 (901) un pretendiente alidita se apoderó por algún tiempo de San'a, capital de la provincia. Particularmente en las montañas de aquellas comarcas, cuyos habitantes eran en su mayoría seiditas, se constituyeron en varios puntos pequeños principados aliditas, que se emanciparon de la jurisdicción de los lugartenientes abasidas, y algunos de los cuales subsisten aun hoy día. No es, pues, de extrañar que en un país tan trabajado por influencias aliditas, se insinuaran rápidamente también los ismaelitas. Ibn Hauscheb reunió considerable número de prosélitos, y pronto pudo dedicarse a enviar por su parte misioneros a lugares donde existían antagonismos contra el gobierno y prometían buen resultado a las maquinaciones de sus enemigos. Ya sabemos que en ninguna parte de los territorios del Islam tenía tan débiles cimientos la dominación árabe como en el Africa septentrional, donde los bereberes se mantenían independientes hasta el país de los kitamas, y aun más allá, hacia el Este, y solo con grandes esfuerzos, se lograba tenerlos sujetos. Hemos tenido también ocasión más de una vez de observar cuánto se prestaba la índole de este pueblo a un movimiento religioso que tuviera al propio tiempo carácter de oposición política. Fué, pues, una feliz idea la que tuvo Ibn Hauscheb a principios de la década 270 280 (aproximadamente en 885) de enviar al Africa dos *daís*. Aunque murieron éstos pocos años después de haber empezado a catequizar a los kitamas, a fines de 279 (principios de 893) emprendió el mismo camino, por encargo de Ibn Hauscheb, otro emisario ismaelita

(4) O primo, ó acaso nieto según otras versiones, en cuyo caso habría habido todavía otro gran maestro entre Ahmed y Sa'id, el padre de este último.

ta, Abu Abdallah, llamado *Esch-Schi'i*, «el Siita.» Con la habilidad propia de estos emisarios, y aprovechando la circunstancia de haber acudido a la peregrinación de la Meca dos bereberes de los Kitama, trabó relaciones con ellos, captándose su confianza con hipócritas manifestaciones de religiosidad y dejándose, por último, llevar por ellos a su país. Allí promovió desde 280 (893) (1) una enérgica agitación, en la cual tuvo sus reveses, pero que acabó por ganar poco a poco toda la tribu a favor del ismaelitismo. En el año 289 (902), cuando el tirano aglabita Ibrahim II abdicó el poder, obedeciendo el mandato del califa Mótadid y acaso teniendo en cuenta precisamente el movimiento que ya se preveía entre los kitamas, se alzaron los bereberes en abierta rebelión acaudillados por el Schi'i, mientras que al propio tiempo Sa'id, el gran maestro de los ismaelitas, al tener noticia de la proximidad de grandes acontecimientos salió de Salamiya y se dirigió a Fostat, para hallarse cerca del teatro de la lucha que iba a emprenderse. Pero el hombre que entonces se presentó y paseaba en la gran ciudad bajo el disfraz de mercader, sin que nadie se fijara en él en medio de los trastornos que a la sazón produjeron la caída de la dominación tulunida, no era ya Sa'id, el descendiente del médico oculista Meimun, sino un personaje por demás ilustre, *Obeidallah* (2), hijo de Mohammed, de un descendiente en línea recta del alida Scha'afar y por lo mismo del propio Mahdi Mohammed, el «oculto imán,» al cual había sido transmitido el espíritu divino de sus antepasados y en cuya persona iba, por fin, a darse a luz el tan anunciado y deseado imán y Mahdi.

Los atrevidos hijos de Meimun no se contentaban ya, como en tiempo de Karmat, con derivar su origen del hermano de Alí, sino que lo remontaban al propio yerno del Profeta y a los santos imanes que le sucedieron; y con tal aplomo sostuvieron esta pretensión los descarados farsantes que aun hoy se abrigan dudas entre los eruditos occidentales de si en realidad todo lo que los historiadores sunnitas refieren sobre su familia puede haber sido inventado para favorecer a sus enemigos los abasidas, en cuyo caso tendríamos que reconocer como verdaderos alidas a los *fatimitas*, como se hacían llamar del nombre de su antepasada Fátima, esposa de Alí é hija del Profeta. Creo tener fundado motivo (3) para no aceptar esta opinión y no ver en el *Mahdi*

(1) Mantengo esta fecha (De Sacy: *Exposé de la religion des Druses*, tomo I, pág. CCLVIII), a pesar de las objeciones de Fournel (*Les Bektas*, II, págs. 55 y siguientes). No se comprende por qué Ibn Hauscheb había de dejar sin aprovechar tan largo plazo después de la muerte de los primeros misioneros; y el espacio de tiempo entre Rabi I de 288 (marzo de 901), fecha en que, según las fuentes de Fournel, se presentó Schi'i entre los kitamas, y la época de la partida de Sa'id de Salamiya, que en todo caso correspondió a la primera mitad del año 289, es demasiado corto para la conversión de los kitamas por Schi'i y para hacerla saber en Salamiya. No vale objetar (Fournel, II, pág. 67) que Sa'id abandonó su residencia por temor a las autoridades; si éste hubiese sido el motivo, ¿por qué no se refugió al lado de los hijos de Sikraweih, a quienes tenía tan cerca?

(2) «Pequeño siervo (esto es, humilde siervo) de Dios.»
(3) Y lo fundo en la siguiente consideración. Ciertamente que, como de Sacy observa con su acostumbrada seguridad de criterio (*Exposé*, I, pág. CCXLIX), el autor egipcio Makrisi tiene razón para no fiarse de los asertos de los abasidas y sus partidarios; interesados como estaban en rebajar cuanto pudiesen a sus competidores fatimitas en la opinión pública, puede esperarse de ellos cualquiera falsedad. Mas la existencia histórica de Abdallah Ibn Meimun está demostrada, no solo por figurar en el sistema de los ismaelitas como ayudante del séptimo nábik (De Goeje: *Mém. sur les karmates*, pág. 73), sino también porque ocupa el mismo puesto en el idéntico concepto de los drusos, aunque desfigurado en lo principal (De Sacy: *Exposé*, I, págs. 35 y siguientes), los cuales, como idólatras del fatimida Hakim, son en estos testigos intachables. Para salir del dilema entre la familia del oculista persa Meimun y la supuesta del Profeta, se apela al sencillo expediente

Obeidallah, como en adelante le llamaré también, sino a un farsante, tan cínico como favorecido por la suerte, que con menos derecho todavía que el que tenían los abasidas a la caída de la dominación omniada, abusó del nombre de los alidas para encumbrarse a un trono. Esto lo logró al cabo de pocos años. El lector recordará que cuando el alzamiento de los kitamas, el parricida aglabita Siyadet Allah III hizo por su parte cuanto pudo para contribuir al triunfo de la revolución. Mientras Abu Abdallah *Esch-Schi'i*, al frente de los bereberes, se iba acercando cada vez más a Rakkada, a pesar de los reñidos combates que tenía que sostener con los árabes, *Obeidallah* había salido del Egipto, no creyéndose ya seguro en él después de la caída de los tulunidas. No quería presentarse como el Mahdi ante los bereberes sino después de expulsados los aglabitas, — el salvador del mundo no podía exponerse a un descalabro cualquiera; su lugarteniente podía aguantarlo mejor, y aun tomar el desquite eventualmente, pero él mismo debía ser considerado como invencible. — Así, pues, tras peligroso viaje al través del territorio todavía dominado por los aglabitas, se retiró al apartado lugar de Sidschilmasa, donde los Benu-Midrar parece que no se fijaron en él al principio (292 = 905). Después fué encarcelado allí (acaso a fines de 295 ó principios de 296 = 908); pero Schi'i, en rápida y victoriosa carrera, se apoderó muy pronto de Rakkada (1.º de Redscheb de 296 = 26 de marzo de 909), abandonada por Siyadet Allah; luego, torciendo hacia el Oeste, tomó a Tahert, ciudad de los Benu-Rostem, y por último, después de breve lucha con las fuerzas de los Midrar, en el día 7 de Zul-hidscha de 296 (27 de agosto de 909) conquistó también a Sidschilmasa, libertando a *Obeidallah*, quien hizo su entrada solemne en Rakkada el 29 de Rabi II de 297 (15 de enero de 910). *Obeidallah*

de hacer descender también a aquél de Alí. Esto no puede admitirse, pero de ello se deduce el hecho irrefragable de que las genealogías oficiales de los fatimitas son apócrifas y por lo mismo también toda su derivación de Alí. En efecto, sus fabricantes no se han atrevido a introducir en ellas el nombre de Meimun, poniéndose así en flagrante contradicción con la versión drusa, ó sea con sus propios amigos, que en este caso confirman los datos abasidas precisamente en el punto más importante (véase también Abulmahásin, II, pág. 445). Y al argumento de De Sacy (pág. CCLI), en confirmación del parecer de Makrisi, de que los verdaderos alidas, caso de que *Obeidallah* hubiese sido un impostor, habrían tenido el mayor interés en desenmascararle para favorecer sus propias pretensiones a la soberanía, podemos demostrar, con datos sacados de las fuentes que se han descubierto en el interín, que por su parte hicieron más de un esfuerzo para lograrlo. En el Egipto, ciertamente que Mo'is, —cuya soberanía en aquel país no ofreció mas que una sola ocasión en que pudiera ser atacada con probabilidad de éxito,— logró atraerse a los alidas por medio de una bien entendida liberalidad; allí no tenían éstos interés alguno en trabajar en contra del príncipe que les era benévolo para favorecer a los abasidas ó a los karmatas (véase más adelante; la anécdota reproducida por Wüstenfeld: *Historia de los Califas fatimitas*, Göttinga, 1881, pág. 119, es indudablemente de invención abasida); los edrisitas en el Africa occidental encontraron pronto ventaja en entenderse con los fatimitas, que tuvieron el talento de acogerles favorablemente; mas en la Siria no dejaron de hacer los alidas una tentativa, si bien malograda en seguida, para defender sus derechos (Wüstenfeld, pág. 122), y en Bagdad la repitieron, protegidos por los buweihidas, contra la legitimidad de la genealogía fatimita, protestando solemnemente contra ella (Wüstenfeld, páginas 143, 197 y 237). No es menos improbable que los meimunidas hubiesen trabajado al principio, no por su propia cuenta, sino con completa abnegación, en favor de los alidas, separándose de éstos en el momento decisivo. No es esto admisible, porque independientemente de la versión drusa, tan positiva sobre el particular, tenemos el hecho de que un hijo de Sikraweih, como ya veremos más adelante, asumió el título de Mahdi después de la partida de *Obeidallah* de Salamiya. No fueron, pues, los alidas los verdaderos directores de todo el movimiento, y esto se desprende también con toda evidencia del hecho de que después de la conquista de Salamiya por los karmatas se hizo, por orden de Husein Ibn Sikraweih, una gran matanza entre los haschimitas, ó sea alidas que vivían en la ciudad (Ibn El-Athir, VII, pág. 362, 17).